

2/5

LA MORTALIDAD

Año I

Periódico decenal, literario, ilustrado.

Núm. 6.º

SUMARIO

TEXTO

LO QUE PASA

por A. Sánchez Pérez.

LA RAZÓN DE LA SINRAZÓN

por Rafael Torromé.

SUEÑO Y REALIDAD

por Luis Montoto.

DÍAS SIN SOL, Ó COJERAS POÉTICAS

por Fray Candil.

EL QUIJOTE

por José María Gutiérrez de Alba.

GRABADOS

EN LA CALLE

por Huertas.

CRIMEN FRUSTRADO

por Polanco.

UNO DE TANTOS

por Gros.

En la calle, por Huertas.



Los maestros de escuela,
por Olla.

«Allá va la nave,
quién sabe dó va?...»



MADRID 21 DE ABRIL DE 1890

LO QUE PASA

LA MÁS NEGRA

¿Se figuran ustedes que la *cuestión Dabán* (estilo francés), era la más negra?—Pues estaban muy equivocados; la más negra, como decía el gitano del cuento, era la que venía detrás: la protesta de Fiol.—A bien que como este señor no tiene inmunidades parlamentarias, es posible que su *memorándum* no dé tanto que hablar como la carta del General senador ha dado. Porque en eso de las cartas ocurre lo mismo que en los hombres,

que unos nacen con estrella,
y otros nacen estrellados;

hay cartas y cartas, ó, diciéndolo en latín para mayor claridad y para evitarme disgustos: *habent sua fata epistolæ*; observen ustedes cómo la carta del general Salcedo ha producido impresión menos honda que la producida por la de su superior jerárquico, y eso que, en resumidas cuentas, los resultados han venido á ser idénticos para los autores: dos meses de arresto en sendos castillos.

Deploro sinceramente que tan caro hayan pagado un desahogo en el que yo, dicho sea sin ofensa de nadie, nada había visto de pecaminoso, y deploro también que *La Correspondencia Militar* haya venido á pagar los vidrios rotos. Pero es cosa averiguada que los periódicos resultan siempre las ovejas muertas cuando hay reunión de rabadanes políticos, y ya se habla de que el *memorándum* de Fiol ha sido causa de no sé cuantas denuncias de diarios de Madrid y de provincias.

La cosa, pues, según el decir del vulgo, *está que arde*; séame lícito pasar por ella como sobre ascuas y entrar en terreno más firme y menos resbaladizo.

Ya es académico de la Española el poeta D. Manuel del Palacio, el popularísimo *Manolico Palacio*, como solíamos nombrarle, en son de cariñosa intimidad, sus buenos amigos y compañeros de fatigas hace un cuarto de siglo; en aquellos tiempos en que aún existía para los periódicos la previa censura, y en que se deportaba á los escritores, ó se les enviaba á presidio sin formación de causa y por simple disposición gubernativa...

Tiene mucha razón aquel chulo tan filósofo de *La canción de la Lola*, del ingeniosísimo Ricardo de la Vega: *cambean* mucho los tiempos. Desde 1865 hasta el año corriente hemos andado bastante, aunque no tanto ni tan de prisa como muchos deseaban; y yo y todo. Sea como fuere, de que Manuel del Palacio ingrese en la Academia, me congratulo, si, como supongo, es de su agrado; porque á entrar en las Academias no obligan á nadie; como á entrar en castillos. Sobre si la elección es merecida, nada digo, porque en realidad no ha llegado á convencerme aún de que para pertenecer á esas Corporaciones sean necesarios merecimientos.

Y puesto á dar enhorabuenas y parabienes, no quiero pasar adelante sin mandar un millon de unas y de otros á Miguel Moya, á Jacinto Octavio Picon, á Angel Muro y á Leoncio Rodríguez, por los cuatro libros titulados: *Oradores políticos* (perfiles), *La honrada*, *Conferencias culinarias* y *Los crímenes de Mónaco*, de que respectivamente son autores.

Miguel Moya—que sería un gran literato y un escritor insigne si antes, las tareas ingratas del periodista político, y después las ocupaciones diarias del diputado, no le hubieran privado del tiempo absolutamente preciso para cultivar la literatura—ha coleccionado en un tomo lindísimo, cuyo valor material y artístico aumentan veinte retratos fotográficos de Laporta y un dibujo de Domínguez, los artículos que con el mismo título puesto al libro ha publicado *El Liberal*. Basta leer uno de esos artículos *semblanzas* para convencerse de la exactitud de mi afirmación: aquellos trabajos son labor de un escritor excelente, de un hombre de ingenio agudo, de claro talento y de rica imaginación. Vean ustedes si merecerá que yo le envíe el parabién, y que el público compre la obra. Lo primero está hecho: lo segundo lo estará muy pronto.

Jacinto Octavio Picon, el novelista ya famoso, autor de *El enemigo* y de *Juan Vulgar*, está asimismo de enhorabuena; su novela *La honrada*, ilustrada por Pellicer y Cuchy, es un prodigio de observación profunda y una filigrana de lenguaje. Así se piensan las novelas y así se escriben.

Angel Muro, un periodista antiguo y muy entendido en asuntos del periodismo y en cosas de cocina, ha reunido en un librito, en un folleto, para ser más exacto, que se titula *Conferencias culinarias*, varios artículos publicados en *La Monarquía*, en que se dilucidan con claridad suma y mucho gracejo asuntos interesantísimos, con que está relacionado el problema, pocas veces resuelto, del bien comer. Lo mejor que para mí, y para cualquiera, tiene ese libro, es el ser primero de una serie que ha de constituir seguramente un libro de cocina amenísimo, útil y elegante, condiciones que pocas veces se reúnen en los Manuales de la perfecta cocinera.

De muy distinta indole es el libro *Los crímenes de Mónaco*, que el Sr. D. Leoncio Rodríguez y Castro ha publicado en estos días. Hay en él curiosas revelaciones, noticias interesantes, narraciones conmovedoras acerca de aquella famosa *timba* internacional, considerada, no sé por qué, ni puedo explicármelo, por la diplomacia europea como un Estado. El libro de *Los crímenes de Mónaco* vale la pena de ser leído.

Como lo vale *La cena de Sarah Whim*, (cuentos raros,) del inimitable estilista y afamado crítico Luis Alfonso, celebrado autor de *El Guante*; como lo vale *La Estatua*, hermoso cuadro del profundo pensador y vigoroso pintor de costumbres Federico Urrecha, y *Realidad*, del eminente Pérez Galdós, y algunas otras de las cuales ni puedo ni debo hablar aquí, para no convertir en un centón de noticias bibliográficas lo que ha de ser simple y ligera indicación de lo que pasa.

Y lo que pasa no es sólo que se publican libros muy buenos (y muy malos también; ¡vaya si se publican!), sino que en Palacio hay *tés* muy espléndidos, á los que no he asistido; verdad es que nadie me ha convidado, pero, vamos, habría sido igual; y que los políticos hablan de crisis, designando á Eguilior y al duque de Veragua como víctimas, y á Sagasta como victimario; y que está verificándose la vista del recurso de casación interpuesto con motivo del crimen de la calle de Fuencarral, vista en que, entre otras cosas no menos curiosas, ha manifestado algún defensor que no trataba de agravar la situación de Higinia Balaguer, la cual, como ustedes saben, está condenada á muerte, de modo que no cabe agravación; y otro jurisconsulto se ha dolido de no tener medios de solicitar pena mayor para una procesada á quien han condenado á reclusión perpetua (1).

Nada digo del peligro que hemos corrido con motivo del incendio de la Fábrica del Gas, porque eso, por fortuna, pertenece á la sección de lo que ha podido pasar; ni de los festejos que disponemos para honrar á nuestro *santo patrón* Isidro, porque eso debe estar incluido en lo que pasará... *Deo volente*

Por la misma razón no hablo á ustedes del Programa de temas para la Asamblea Nacional de las Ligas de contribuyentes que ha de celebrarse en Mayo próximo, y eso que alguno de los temas me parece curioso, y hasta curiosísimo, como, por ejemplo, éste: «Contribución territorial. ¿Existen ocultaciones apreciables en cantidad ó en calidad?» ¿Ahí estamos ahora? Eso no se pregunta; las hay, y gordas, y muy apreciables *in utrâque*, es decir, en cantidad y en calidad.

De Eleonora Duse sólo puedo decir á ustedes que la he visto, la he visto, y no me ha mirado, ni ese es el camino, y que hoy creo... que es una gran artista, una actriz excelente, excelentísima si ustedes me apuran, pero no mejor que otras que aquí hemos visto y admirado en varias temporadas.

Y en lo que respecta al viaje que con el mayor desenfado, y al parecer sin solicitar licencia, ha hecho D. Antonio de Orleans, asesor á ustedes que no sé una palabra, ni quiero.

¿Qué me importa á mí de esas cosas? Ni á ustedes tampoco.

Algo más, mucho más, infinitamente más que las idas y venidas de mi tocayo, debe importarnos á todos la siguiente noticia que he leído en un periódico de Madrid:

«Desfallecido y falto de alimento se hallaba ayer, próximo al Museo de Pinturas, un anciano de sesenta años de edad, llamado José Alvarez Pérez.»

¡Un anciano hambriento, sin pan, sin abrigo, y de seguro sin trabajo!...

Vamos á ver si los organizadores de los festejos de Mayo se las arreglan de modo que en esos días de jolgorio no haya quien desfallezca de hambre en la capital de España.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

Crimen frustrado, por Polanco.



LA RAZÓN DE LA SINRAZÓN

(IRONIA)

En un pueblo de Castilla cierto manantial brotó, que á quien bebía sus aguas alteraba la razón; y en un verano en que hubo una sequía feroz, agotáronse las fuentes, y aquella prevaleció. Los habitantes del pueblo, bajo la fuerza del sol, medio muertos por la sed y asfixiados de calor, al cielo pedían agua; pero estaba ausente Dios, y ni en Julio, ni en Agosto, ni aun en Octubre volvió. En vista, pues, del dilema terrible y abrumador de la muerte ó la locura, el Senado resolvió sacrificar el juicio, que era la baza menor; y, después de un gran debate, todo el pueblo fué veloz al manantial de los locos donde la sed aplacó, y en manicomio quedóse trocada la población.

Unicamente don Juan, hombre de mucho talento, pudo salvar su mollera

de aquel naufragio de sesos, en que perecieron todos cuantos había en el pueblo: porque este señor don Juan, aparte de su pellejo, en la bodega tenía ocultos más de doscientos de vino de Valdepeñas, hasta la boca repletos; de manera que don Juan saciaba la sed en ellos, sin valerse de las aguas que al lugar enloquecieron. Loco de gozo vivía al verse tan sano y bueno, aunque, por no hablar con locos, estaba en su casa preso. Sucedió que algunas veces exageraba el remedio, y el vino de su cordura turbaba su entendimiento; pero esto, don Juan lo hacía para conllevar su encierro, porque han de ser razonables las sinrazones de un cuerdo.

¡Qué inquietud, qué embriagueces, qué terrible soledad, y qué espantosa clausura la que sufría don Juan! De su encierro y su bodega estaba cansado ya;

y allí le era la razón de tan poca utilidad, que le servía tan sólo para ver su propio mal. Huyó por fin de su casa, y comenzó á propalar que ni era loco, ni había estado loco jamás: mas los locos que pensaban que en este mundo no hay locura más verdadera que tener juicio cabal, dijeron: «El loco es el hombre que no lo está.» Y oyendo estas sinrazones los muchachos del lugar, que cada uno de ellos era más loco que su papá, al cuerdo llamaron loco y se le fueron detrás, coreando al desdichado con una silba infernal.

Y escuchando aquella silba abrumadora y tenaz, no hallando amigos, ni deudos, ni mujer á quien amar, ni deleite, ni recreo, ni cariño, ni amistad; y viendo que la razón á quien nadie se la da, aunque la tenga de veras, le es del todo ineficaz; viendo que en el mundo somos lo que quieren los demás, anhelante dirigióse al funesto manantial, y después de haber bebido de una manera voraz, todavía receloso, exclamó el pobre don Juan: —¡Voy á bañarme también por lo que pueda tronar!

RAFAEL TORROMÉ.

SUEÑO Y REALIDAD

Cerré el libro y entorné los ojos.

El poeta había logrado sacarme de las tristezas de la vida y sumergirme en un mar de idealidades.

A mi vista surgieron, evocados por el conjuro mágico del genio, siglos sepultados en el polvo, tan exuberantes de vida y tan ricos de color como lo fueron realmente, presos en las redes de sus errores y coronados con la diadema de sus sueños.

Ante mí desfilaron las legiones victoriosas en Flandes y Portugal; los hombres de mar que en Lepanto vencieron al Islamismo; los que con Colón, Cortés y Pizarro inventaron nuevos mundos; reyes que empuñaron la cruz y la espada; infanzones é hijos-dalgo que, á semejanza del bueno de Alonso de Quijano, quebraron más de una lanza por sus Dulcíneas tobosescas, y pelearon con molinos de viento y rebaños de ovejas; poetas que murieron de amor; filósofos que persiguieron en vano la verdad; sabios que maldijeron de su filosofía; nobles que alcanzaron con la punta de su espada sus ejecutorias, y plebeyos que pintaron con su sangre los cuarteles y las empresas de los escudos nobiliarios.

Aquel turbión de gente, desfilando con la rapidez vertiginosa del remolino, me dominó con el mareo de la embriaguez, con algo parecido al aturdimiento que al viajero causan el ruido del *tren*, y la velocidad, que finge el movimiento de cerros y montes, de árboles y plantas, de ríos y lagos, de toda la naturaleza, que, serena y tranquila, ve pasar al loco encerrado en la jaula.

Me alumbraba claridad vivísima, y me vi rodeado de personajes con quienes en otra ocasión hablé, de cuyos nombres no me acordaba en aquel entonces. Verdad es que las facultades anímicas, después del sueño profundo, para enlazarse y entretenerse, piden el llamamiento imperativo de la voluntad, y sólo por él ocupa cada cual su puesto y vuelve al trabajo interrumpido; así como los soldados, después del asueto, á la voz del jefe empuñan las armas, reorganizan las filas dispersas y entran en batalla tan ágiles y animosos como si el pelear hubiese sido su descanso.

—Antes de ahora os he visto—exclamé;—sois mis amigos, pero no acierto á pronunciar vuestros nombres. Y recuerdo que alguno de vosotros me ha hecho llorar, y caigo en la cuenta de que entre vosotros está también quien me ha hecho reír á mandíbula batiante.

—Eso de la risa lo diréis por mí—exclamó un mozalbeta barbílampión y con aires de socarrón y pícaro redomado.

—¿Quién eres tú?—le pregunté.

—Soy quien soy, y me llamo como han querido llamarme: *Clarín*, *Rebolledo*, etc., etc. Y permitidme, ya que á mí me es permitido todo, porque soy como yo solo entremetido, y llevo y traigo, y salgo y entro por donde quiero, porque ninguna puerta está cerrada al ingenio y la donosura; permitidme que os presente á esta nobilísima señora...

—Perdonad—dije dirigiéndome á una hermosísima dama que, acompañada de un rodrigón, se ofreció á mi vista;—perdonad que no os haya recibido como por ser dama os merecéis. A vuestros pies caigo, rendido por vuestra belleza.

—Sellad el labio—me interrumpió aquella hermosura,—si vais á decirme lisonjas. Dama soy, y española, y tengo en más la virtud que la belleza; porque ésta es fugaz y aquélla perdurable. El amor me impone sus leyes y el honor me aprisiona con sus cadenas. Doncella, hago del amor el culto á un solo hombre. Por él doy hasta la vida, y lloro desdenes del ingrato. Casada, soy avara de un tesoro; del honor de mi esposo: que no dejan de ser leyes, por ser leyes tiranas, la que obliga al marido á pagar agravios que no infirió, y la que preceptúa que la afrenta sea de quien no cometió la culpa.

—Dígallo yo—exclamó un apuesto caballero, adelantándose de entre el grupo de personajes;—yo, que, *médico de mi honra*, maté lo que más quería.

—Os reconozco—le dije;—sois el caballero español. Veis en la mujer abreviado cielo; proclamáis que no hay vida como la honra; dáis al Rey la vida y la hacienda, no el honor,

porque el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios;

ponéis á la puerta de vuestra casa la muestra de vuestro ejercicio; tenéis mucho de D. Quijote, y á veces no sois tan avisado como Sancho Panza.

—Pero yo—replicó el primero de los personajes que habían hablado,—pongo las cosas en su punto.

—¿Y cómo hacéis esa maravilla?

—Si mi señor mira al cielo, yo le advierto de los tropezones que puede dar en la tierra. Mi amo se pasa los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio, pensando en cosas que le sorben el seso; y yo, que no sé de retóricas, y que llamo al pan, pan, y al vino, vino, más me precio de mi ínsula Barataria que de los dorados cabellos de mi dama, que sé que no son dorados, porque son cabellos;

y en eso de las leyes del honor, entiendo que debemos hacer lo que Dios manda.

—¡Bellaco que sois y harto de ajos!—gritó con voz desaforada un militarote con más barbas que un zamarro.—¿Qué entendéis vos de leyes del honor? Por el diablo, que me dió esta pierna, que deberíais estar en galeras.

—Mi señor *D. Lope de Figueroa*—añadió aquél;—cepos quedos, y cuídese, más que de mí, de meter en cintura á capitancillos que van de lugar en lugar cortejando doncellas, y de alcaldes como *Pedro Crespo*, que, atropellando por todo, así ahorcan á un capitán como ponen á raya al noble más encopetado y al más rancio hidalgo.

—¿Qué es eso de rancia hidalguía? Aquí estoy yo, tan noble como el rey, y digo poco—que allá, allá se van los reyes y mis abuelos en esto de nobleza,—para no permitir que ningún villano se me suba á las barbas.

—*D. Toribio Cuadrado*, montañés por todos cuatro costados... Perdone su merced. No lo dije por vos, sino por...

—¡Por cien mil legiones de demonios que carguen con vuestras impertinencias!—exclamó el personaje á quien el adulador de todos los Segismundos había nombrado *D. Lope de Figueroa*.—¿Qué disputar es este? ¿Hemos, por ventura, venido aquí á hablar sin tón ni són? ¿Es esta ocasión de que cada cual saque á plaza sus méritos y servicios?

Callaron todos, y yo quedé pendiente de las palabras de *D. Lope*, que siguió diciendo:

—Cuanto somos, seor soñador, nos lo debemos á nosotros mismos. Esta dama y este caballero, ese hidalgo rancio y ese pobrecito hablador, ese escudero y aquel soldadote, estos y los otros, y otros muchos, y yo mismo, figurillas al parecer, polichinelas que accionan movidos por la mano del juglar que en desventajada barraca los exhibe en la plaza pública para recreo de necios y advertimiento de avisados, somos símbolo, cifra y compendio de altos sentimientos.

—¡Harto os conozco! Sois...

—Somos los mismos que no ha muchos años acudimos á la voz de Ayala.

Corría el año 1867. Adelardo reunió á los vates sevillanos.—Honremos el genio español—les dijo;—y le honraron en términos tales, que aún resuenan en mis oídos los aplausos de un pueblo amante de sus glorias.

—¡Por esta pierna, que me dió el demonio, juro que cabe á Sevilla la gloria de ser la primera ciudad de España que loó dignamente en la escena la memoria del gran dramático!—exclamó *don Lope*.

—Y yo me hallé en la fiesta con este pobrete de *Rebolledo*—añadió una moza descocada, en quien reconocí á *Chispilla la Bolichera*.

—Y yo—dijo *D. Toribio Cuadrado*,—puse en el cuerno de la luna al gran *D. Pedro*, que si no fué montañés, fué un ángel del cielo.

—Por esta vara—exclamó *Pedro Crespo*,—juré que quien en fiestas dedicadas al gran autor no se entusiasme, *no es cristiano ni español*.

—Y por estas, que son cruces—exclamé yo,—bien merece un recuerdo el poeta que consagró su vida á estudiar aquel genio y conservar viva su memoria en nuestro pueblo.

—¡Gloria al Príncipe de los dramáticos y gratitud á Ayala!—dijo una voz, que no supe de donde salía, pero que me llegó á lo más hondo de mi pecho, y tal sacudimiento me produjo, que me hizo abrir los ojos; y mirando á mi alrededor, me vi abandonado á mi soledad, teniendo entre mis manos un libro en cuya portada leí: *Comedias de D. Pedro Calderón de la Barca*.

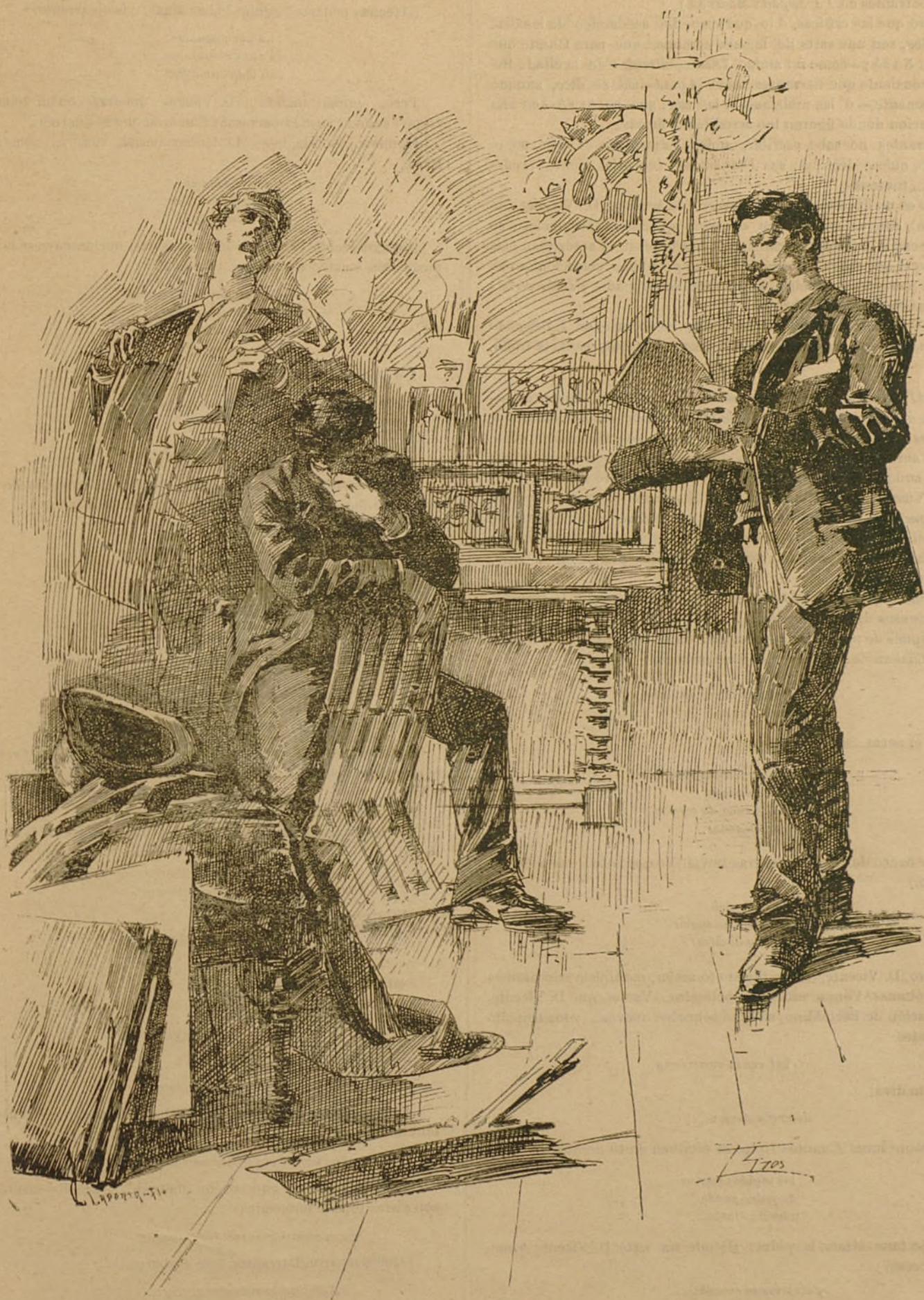
LUIS MONTOTO.

DIAS SIN SOL, Ó COJERAS POÉTICAS

La cojera de Barrantes (porque D. Vicente sabe... del pie de que cojea), no es una cojera aristocrática, como la de Byron, por ejemplo. Tira más á la prosaica de López, mi simpático amigo el editor de *Los Madriles*.

Viene á cuento la imperfección *pedestre* de Barrantes con motivo de sus *Días sin sol*, colección de ripios, ó, mejor, de cojeras poéticas, en que D. Vicente, á imitación de Nuñez de Arce, grita que se las

Uno de tantos, por Gros.



LATA POÉTICA

pela contra *el espectáculo* que dió España en 1873, época en que D. Vicente, según propia confesión, estuvo á pique de *volverse loco de indignación y melancolía*. Los *Días sin sol* ponen, además, de manifiesto que D. Vicente *desbarró antes como desbarra* ahora. (Remito al lector á la *Sección hispano-ultramarina* que redacta, es un decir, el Sr. Barrantes en *La España Modernz.*)

Claro que las críticas, ó lo que sean, del académico de los días nublados, son una sarta de lugares comunes, que para Cheste que los lea. No sé yo cómo mi amigo Lázaro, director de la citada Revista, consiente que Barrantes meta la pata—así se dice, aunque groseramente,—ó las muletas—si las usa, que no lo sé,—en una publicación donde figuran tan acreditadas firmas.

Barrantes no sabe escribir, amigo Lázaro. En el *alba*, en el prólogo, quiero decir, de sus *Días sin sol*, veo estas nubes preñadas de... tontunas.

«No es un libro lo que va á leerse (de acuerdo, D. Vicente, de acuerdo), aunque su título, en demasía *pretencioso* (pretencioso se escribe con *c*. Además, es galicismo), *descubre* en el autor plan *más alto* que el que realiza ahora; ni es tampoco una colección *armónica de poesías* (eso huelga, D. Vicente) como pudo y *debió serlo*.» (¡Qué había de ser, hombre!)

Si D. Vicente no fuera académico ni colaborase en *La España Moderna*, así me acordaría yo de él como de los fakires de la India.

Los *Días sin sol* fueron escritos desde los primeros días de la primavera á los últimos del invierno de 1873, periodo que en la historia de nuestras revoluciones abre un paréntesis asqueroso y abominable, como dice el autor en el prólogo. El Sr. Barrantes es un retrógrado á ojos vistas, aunque él *haya hecho de la libertad siempre un ídolo* (sic.)

D. Vicente, como el *náufrago* que al salvarse en *carcomido leño* siente que lleva en el bolsillo (¡cursilón!) el retrato de su amada, se encontró *más regenerado, más espíritu de luz en la sombra* (¡espíritu de luz! ¡Habría memo!) al notar que la *inspiración poética no le huía*, como otras veces.

Bueno. Dejemos el prólogo. Para muestra basta con lo copiado. Veamos esos días tenebrosos.

Después de preguntar á su compañera si recuerda el nido donde se refugiaban de la tempestad, como palomas

«que al gavilán le han visto
la garra corva,»

añade el poeta... de pie forzado:

¿Te acuerdas de las noches
que allí pasamos,
sobre el banco de césped
entrelazados,

(¡en un banco de césped mientras llovía! Yo que usted, me meto en el nido.)

mientras el sueño
dormían de los ángeles
nuestros polluelos?»

Pero, D. Vicente, ¿es un bípedo (ó mejor, monípido) sin plumas ó con plumas? Porque eso de los polluelos... Vamos, que D. Vicente, á imitación de Bertoldino, se echó sobre los huevos... y los empolló Barrantes:

«Tal vez la casta luna,

(ó casta diva)

discreta siempre,

(¡Pobre luna! ¡Cuántos ripios se escriben en tu nombre!)

los tupidos festones
de yedra verde,
trémula alzaba...

(¿La luna alzaba la yedra? ¿Dónde ha visto D. Vicente semejante cosa?)

y otra vez se escondía
DESENGAÑADA.»

¡La luna desengañada! ¡Claro! Pensó hallar debajo de los festones á dos amantes, y topó con D. Vicente y sus polluelos. Comprendo el desengaño de la casta luna.

Parece que la borrasca apretó y...

«¡Pobres algas que al fondo
del mar humano,
arrancan las corrientes
hechas pedazos!

(¿Hechas pedazos? ¿Quién? ¿Las algas, ó las corrientes?)

Las portuguesas
playas nos *recogieron*
en lodo *envueltas*.»

Pero... ¿quién manda á D. Vicente quedarse en un banco de césped cuando *ruge* la borrasca? Camarón que se duerme...

El nuevo Moisés, lejos de buscar posada, va, y... ¿qué hace? Pues...

«¡Llorar á España
en la tierra *envidiosa*
de Lusitania!

¡Desagradecido! ¡Tildar de envidiosa á la nación cuyas playas le recogieron á usted en calidad... de alga!

«En la lengua de Camöens,
de blando acento,
cantaba sus ternezas
el marinero.»

Me parece estarle oyendo:

«As cousas do mundo
que no hay otra
no hay otra
más boa, «eteetera.»

Me asalta una duda: ¿cómo el Sr. Barrantes, envuelto en lodo y medio ahogándose, pudo oír las ternezas del marinero?

El poeta inválido:

«Paloma que *acompañas*
con tus arrullos,
los cantos de mi *lira*

(¿Lira? ¡Escopeta, en todo caso!)

roncos y rudos ..

(No es mal poeta... el que conoce el ripio.)

y desde el suelo
me levantas al trono
de Dios eterno.»

Confiese usted que no era una paloma. Sería un buitre, ú otro pajarraco por el estilo. ¡Una paloma llevándose á D. Vicente hasta el cielo!

¡Cuidado con las peripecias del Tirteo de cartón!

D. Vicente, echando la zancadilla á Zola. Se trata del Dos de Mayo:

«¿No eres ya aquel Madrid? ¿Es que tus venas,
pus, que no sangre, *félido* recorre?»

(¡Uff! ¡Qué aco!)

«No lanzan fuego sus *hinchados* ojos,
sino *ponzoña, corrupción y vicio*.»

(Naturalismo de López Bago.)

Al pueblo de Madrid, según D. Vicente,

Ni carne *cruda*, humilde le alimenta.

(¡Carne *cruda!* ¡Antropófago!)

ó leche *montaraz* en *tosco* jarro,

(Pues si alguna leche sana hay, es la montaraz. D. Vicente gustará de la leche ciudadana.)

ni es la *piel sin curtir* su vestimenta

(Pero Barrantes... ¿qué se ha figurado? ¿Que los madrileños son pieles rojas ó botocudos?)

ni su *mansión* el rechinante carro.»

(¡Qué desbarro, Barrantes, qué desbarro!)

Apetitos no más abren su boca,

(¿Y no quieren leche montaraz ni carne cruda? ¿En qué quedamos?)

odio no mas su corazón *ensancha*...
si el viejo Atila quema lo que *toca*,
el *nuevo* Atila lo que *toca* mancha.»

Ya lo sabéis, tenderos de Madrid; ¡no dejéis al nuevo Atila tocar vuestros géneros! El cual dirá: ¡Paso, que mancho!

Para amasar con cieno y con escombros el trono que Luzbel en vano espera.

(Como Carlos Chapa.)

.....aborto de ignorancia y de delirio; la libertad salvaje del salvaje.

(¡Qué salvajismo!)

D. Vicente, echándoselas de Stanley... filipino:

La conozco muy bien. El indio bravo allá... en ignotos bosques de Oceanía, de esa ominosa libertad esclavo, amar y bendecir me hizo la mía.

Hubiera dado yo un tomo de discursos académicos por haber visto á D. Vicente en los bosques de Oceanía predicando el Evangelio á los indios bravos.

Noticias de la vida íntima de los salvajes oceánicos:

Siembra su arroz donde le da la gana;

(Verso de tendero de ultramarinos.)

cuelga de un árbol, como el ave, el nido; engendra con su madre ó con su hermana;

(¡Incestuosos!)

y muere sin saber cómo ha vivido.

No crea D. Vicente que eso es cosa exclusiva de los salvajes. ¡Cuántos académicos conozco yo que mueren sin saber cómo han llegado á ser académicos!

A los poetas dedica Barrantes los siguientes consejos:

Romped la lira armoniosa, hundid la frente en el cieno.

¡Cómo se conoce que D. Vicente llegó á Portugal envuelto en lodo! Hay impresiones que duran toda la vida, y que se convierten en ideas fijas.

(Recuérdense las pinturas de Laurent, después de la muerte de Camilo, en la Teresa Raquin, de Zola.)

Id, con ronca voz doliente, gritando á ese pueblo honrado pervertido:

(¿Paradojitas á mí?)

Los maestros de escuela, por Cilla.



Al primer año de ejercer.

¡Al segundo!

¡¡Al tercero!!

¡¡¡Al cuarto!!!

¡¡¡¡Al quinto!!!!

—¡Loco! ¿adónde vas? ¡detente!

(¡A ése, á ése! ¡A Barrantes!)

¡detente, desventurado!
¡vas perdido!

(Eso digo yo: ¡detente, desventurado académico, que vas á morir, como Absalón, enredado con tus propios ripios!)

Cuando envuelto en su capote llanto de muerte...

(Comprendo que D. Vicente declare que á poco pierde el juicio cuando escribió este libraco. ¡Cáscaras con los disparates que hay en él!)

Esclavo de la materia,
.....
charco de podre y laceria,
do se revuelca un leproso,
que es tu alma,

(¡Qué estercolero! Ni el de Job.)

Va á terminar:

¡Ay! ¡Adiós, patria! ¡Adiós, gloria!
¡pasado que se derrumba!
¡Adiós, todo!

¡Buen viaje! Y al llegar, escriba.

Esa patriotería biliosa, casi africana, es ridícula, D. Vicente y... escuche usted lo que dice Schopenhauer: El orgullo nacional revela ausencia de méritos individuales. El que los tiene, no necesita recurrir á la colectividad, ni hacerse eco de la nación á la que por casualidad pertenece.

FRAY CANDIL.

EL QUIJOTE

Va por el mundo el caballero andante,
Triste de corazón y de figura,
Dejando de aventura en aventura
Siempre humillado el bien, y el mal triunfante.
La astucia vil en forma de gigante
Va llenando su pecho de amargura;
Su virtud y su ciencia son locura,
Delirio la ilusión del pecho amante.
¡Manco inmortal! En tu sublime cuento
Has trazado tu propia biografía
Con rasgos de divino entendimiento.
Resalta en él la humana hipocresía,
Y su eterno Calvario halla el talento,
Y su puñal aleva la hidalguía.

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA.

Sevilla, Mayo 1889.

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

THE UNDERWRITING & AGENCY ASSOCIATION LIMITED

COMPUESTA PRINCIPALMENTE DE MIEMBROS ASEGURADORES DEL

Lloyd Inglés.

COMPAÑÍA DE SEGUROS MARÍTIMOS, FLUVIALES Y TERRESTRES

AGENTE APODERADO EN MADRID

JUAN COLL Y BRUSEL

Calle de Cedaceros, núm. 14, principal.

«Northern» Assurance Company.

LONDRES-ABERDEEN

COMPAÑÍA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS
Y SOBRE LA VIDA

ESTABLECIDA EN 1836

Premios incendios.....	£	615.000	} Año de 1889.
Id. vidas.....	£	203.000	
Intereses.....	£	149.000	
Fondos acumulados.....	£	3.581.000	

AGENTE APODERADO

JUAN COLL Y BRUSEL

Cedaceros, 14, Madrid.

Para Casinos.

Barajas españolas opacas de Grimault y Chartier, de París, muy finas y satinadas; ni se clarean ni despintan: docena, de 3 á 5 pesetas. Se expiden á provincias. Depósito: A. Abad, Carrera de San Jerónimo, 31, segundo, Madrid.

MANUEL GONZALEZ

CARPINTERO Y EBANISTA

ARMADOR DE CUADROS

Especialidad en peluche y mapas.

San Lorenzo, 4, bajo derecha, Madrid.

FRANCISCO CANTERO

PROFESOR DE GUITARRA

Especialidad en aires andaluces.

LECCIONES A DOMICILIO

Espíritu Santo, 23 y 25, centro, segundo izquierda.

DOCTOR MONTES

MÉDICO-CIRUJANO

Caballero de Gracia, 56, principal.

Especialista en partos y enfermedades de los niños.

Horas de consulta: de 2 á 4.

Martínez y Torres.

COMISIONES Y CONSIGNACIONES

Calle de San Miguel, núm. 19, bajo izquierda.

EL POBRECITO HABLADOR

PERIÓDICO DECENAL, LITERARIO, ILUSTRADO

Se publica los días 1.º, 11 y 21 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

España.

Trimestre.....	2	pesetas.
Semestre.....	3,50	íd.
Año.....	6	íd.

Ultramar y extranjero.

Año.....	12	pesetas.
----------	----	----------

PRECIOS DE VENTA EN ESPAÑA

Número corriente.....	15	céntimos.
Id. atrasado.....	25	íd.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN EN MADRID

Librerías de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo; de D. Miguel Guijarro, Preciados, 5; de D. Mariano Murillo, Alcalá, 7, y Librería Española, Calle de la Montera; Kiosco Nacional, Plaza de Pontejos, y Administración de este periódico, Apodaca, 7, segundo izquierda.

Pagos adelantados.

Horas de despacho: De diez de la mañana á una de la tarde, y de siete á diez de la noche.

Único representante para la venta en Madrid:

D. Emilio Braña y Navarrete, Plaza de Pontejos, Kiosco Nacional.